

*

ÁLVARO SALVADOR

*

SUENA UNA MÚSICA

[Antología 1971-2007]



RENACIMIENTO

*

*

SUENA UNA MÚSICA



ÁLVARO SALVADOR

SUENA UNA MÚSICA

[*Antología 1971-2007*]

Prólogo
de
Ángel González



RENACIMIENTO
SEVILLA • MMVIII

Diseño de cubierta: Marie-Christine del Castillo

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la
Delegación de Cultura de la Diputación de Granada.

© *Fotografía de* Pepa Merlo

© *Prólogo:* Herederos de Ángel González

© Álvaro Salvador

© 2008. Editorial Renacimiento

Depósito Legal: S. 449-2008

ISBN: 978-84-8472-362-2

Impreso en España

ISBN eBook: 978-84-8472-752-1

Printed in Spain

A Begoña, Jorge y Pepa.

«Existe un optimismo estoico e indecente de la belleza: es el que nos pide aceptar el dolor y la muerte por amor al orden y la armonía.»

JEAN-PAUL SARTRE

«You may say I'm a dreamer
But I'm not the only one.»

JOHN LENNON

PRÓLOGO

COMO su título indica, en este libro suena una música: una melodía iniciada hace más de veinte años y desarrollada a lo largo de tan dilatado período en tiempos, tonos y voces distintas que exponen algunos motivos recurrentes que insisten, se fugan, reaparecen, se responden y entrecruzan polifónicamente o se funden en un acorde en el que varios de ellos resuenan a la vez, modificándose y enriqueciéndose mutuamente. Géneros menores, desenfadados, como el bolero y el tango, alternan con composiciones de tono grave y meditativo. Las voces son muchas; la del autor, o la del personaje que lo representa, es la dominante, pero se transforma a medida que transcurren los tiempos; no es la misma la que se oye en los primeros compases que la del per-

sonaje que, al final de la secuencia, se mira en el espejo y no se reconoce: en vez de la esperada imagen familiar, lo que ve es el rostro de «un tipo ridículo y prematuramente envejecido/[que] se limpia los dientes en [su] cuarto de baño». Amarga y despiadada observación. (Han pasado los años, el hombre no es el mismo; tampoco lo es la tesitura y la coloratura de su voz, teñida por los desengaños, la nostalgia, la piedad. Léanse –escúchense– las admirables piezas tituladas «Callejón de la Isla» y «El padre».) Además de la del autor, voces ajenas, ecos de voces ajenas, se unen a la suya; voces que, por si alguien no las advierte –o quizá por si alguien las advierte– él mismo delata en juegos intertextuales. Bécquer, Antonio Machado, Vallejo, Neruda, Jaime Gil de Biedma, cantan en él, con él: polifonía enriquecedora. En cualquier caso, no es ésta una virtud sólo suya. La escritura se produce siempre a partir de otros y en cierta medida desde otros; idea machadiana que Álvaro Salvador recoge: el poema –dice dirigiéndose a un autor hipotético– «labra su destino / fuera de ti, sin ti/ (...) se alimenta / dentro del horizonte tuyo no labrado/ sólo por ti/sino por todo aquel tú mismo / en esta vida que compartes / al margen de tu genio».

Los «motivos» vienen a ser como esquemas o clases de vivencias –el amor, el paso del tiempo, la intuición de la

muerte, la soledad y la solidaridad...— que sólo en su fluir desvelan su última significación. En conjunto, todos están al servicio del gran tema que configura la obra de Álvaro Salvador: la vida. Entre ellos, el más insistente es tal vez el del amor, que con frecuencia se funde con el motivo de la muerte: acorde grave, resonante. Baste un ejemplo, «Isla negra», uno de los más bellos poemas amorosos de Álvaro Salvador, que termina con estos versos: «Ten cuidado muchacho, pues un día/ vas a dormir incluso con la muerte».

La solidaridad, antes que motivo, viene a ser una especie de nota constante que, actuando como un bajo continuo, sostiene dentro de una misma tonalidad afectiva y moral la diversidad de los motivos y las variaciones con que aparecen.

Ya en el momento inicial de los «Primeros poemas», datados en un «tiempo inútil» —el período que va de 1971 a 1973— y «en un país cansado de esperar lo imposible», en una «España perdida por el miedo», el personaje poético se define dentro de una situación histórica concreta, que lo obliga a contemplarse no como un ser único y solitario, sino como un ser que se identifica con los otros; consciente de que vivir es convivir, compartir un tiempo y una historia, el poeta no habla únicamente de sí mismo, habla de toda

una generación: «nosotros los nacidos en los años cincuenta...». (Pero Álvaro Salvador, aun en los ejemplos en que se expresa en la primera persona del plural, no incurre en la petulancia de hablar en nombre de los otros. Su voz puede estar informada por voces ajenas y el horizonte dentro del que se manifiesta puede no estar labrado exclusivamente por él, pero el punto de vista desde el que lo contempla es suyo, lo mismo que es suya la manera de asumir y de interiorizar la circunstancia compartida, de convertirla en materia de su intimidad. En la poesía de Álvaro Salvador, hasta las sustancias propicias al tratamiento épico se perciben con acento lírico.)

El sentimiento solidario determina muchos aspectos de la obra de Álvaro Salvador. Por ejemplo, su preferencia por los escenarios urbanos, plazas, calles, jardines, ámbitos naturales de la convivencia. Más derivaciones de la solidaridad: ni siquiera en la vivencia de la soledad el poeta deja de pensar «en ese mundo triste, en la gente infeliz». Y la premonición de la muerte, que es como un destello que ensombrece intermitentemente muchos de los motivos que Álvaro Salvador desarrolla, cobra su dimensión más patética cuando se piensa como la ausencia de aquellos con los que el poeta se identifica: «Demasiados amigos son ya los

que se fueron, demasiadas sombras familiares.../ ...Demasiados fantasmas para la soledad.../ ...para seguir así, / para no preguntarme / si yo también debí marcharme entonces». El poeta manifiesta su solidaridad así en la vida como en la muerte.

Hasta ahora he intentado hablar de la poesía de Álvaro Salvador en términos musicales. Pero no conviene llevar demasiado lejos la identificación de la música y la poesía, que es sólo una metáfora propiciadora, si se toma al pie de la letra, de todo tipo de confusiones. Recordemos el verso de Unamuno: «algo que no es música es la poesía». La poesía no se hace con puros sonidos, se hace con palabras, es decir, con ideas, con nociones que remiten a la complicada realidad del mundo de los seres humanos. En mi opinión escribir poesía es una manera, acaso la más compleja, de pensar la vida.

Así parece entenderlo también Álvaro Salvador, a juzgar por la lectura de este libro antológico. Si la apelación a la música resulta pertinente al hablar de su poesía no es por la sonoridad de unos versos que, modulados libremente de acuerdo con la dúctil y casi silenciosa cadencia del endecasílabo, apenas si desprenden el rumor discreto y acallado de las palabras dichas en la intimidad. En la poesía de Álvaro Sal-

vador la música va por dentro, se advierte en la presentación pautada, iterativa, rítmica, de ciertas preocupaciones obsesivas que pueden reducirse a un grupo limitado de «motivos».

Hay algo más, sin embargo, que justifica la metáfora.

En la escritura solidaria, estrechamente vinculada a la vida, de Álvaro Salvador, la vida no es, como proponía la preceptiva clásica, el modelo a imitar sino el tema a meditar, la sustancia que nutre el poema y lo convierte en un organismo también vivo, impregnado de vida, parte él mismo de la vida: «escribir un poema/ que viva como un cuerpo...»; esa es la voluntad de Álvaro Salvador.

Y al llegar a este punto es conveniente hacer una precisión. «Pedir a nuestra vida / algo más que la vida», dice Álvaro Salvador en uno de los poemas recogidos en esta antología. No sé si la vida le otorga al poeta lo que le pedía, pero él sí le entrega al poema algo más que la vida: la experiencia, el conocimiento; un conocimiento específico de la vida cuya naturaleza puede deducirse de estos dos versos suyos: «Del amor nada sé, sólo conozco / el cuerpo de la amada». Como en el amor, la dosis de conocimiento que Álvaro Salvador incorpora a la escritura no procede de una noción abstracta, sino del trato directo con las vulgarmente llamadas «cosas de la vida», expresión un tanto vaga pero

expresiva, que tiene la virtud de concretar, de convertir en materia sensible el concepto genérico de la existencia, y que no me parece inoportuna cuando se habla de una obra tan impregnada de cotidianidad y de un autor con vocación no siempre frustrada de letrista de tangos y boleros.

Así pues, la poesía de Álvaro Salvador no se limita a ser relato, inventario o recuento de la vida. En ella el recuento es más bien reencuentro, recapitulación –ordenación y valoración– de todas esas cosas, actividad imaginativa de la memoria que hace del inventario una invención equivalente a un descubrimiento. Y lo que en ocasiones el poeta acaba descubriendo en su escritura es el sentido moral de la experiencia.

Pero Álvaro Salvador no lo explicita, sus palabras no nombran el hallazgo. (Mal podría nombrar lo que desconoce cuando escribe. Y aunque lo conociera no lo diría, porque él sabe que «la virtud del poema no está en su referencia, / tampoco en la justicia / con que proponga honestidad o miedo».)

El residuo de sentido o de conocimiento que enriquece su relato de la vida no lo encontrará el lector en el texto, sino en un subtexto que debe descifrar, o escribir él mismo en los espacios de silencio que abren las palabras.

Álvaro Salvador habla en uno de sus poemas de «un silencio de adagio». Imagen oportuna. Porque, como en la música, es en el silencio de la palabra donde vibra y se escucha el sentimiento o conocimiento intuitivo de la vida. Vibración, eco, resonancia de una meditación no enunciada: sí, en este libro suena una música que conviene escuchar con atención.

ÁNGEL GONZÁLEZ
Albuquerque (Nuevo México)

PRIMEROS POEMAS

(1971-1973)

CANCIÓN DEL REINCIDENTE

U^{NO}
no se quita de amar
ni de fumar
uno descansa

son
como treguas que
uno mismo inicia
y donde uno
firma la paz
o acusa la derrota